

LA CIVILIZACIÓN EMERGENTE

Darcy Ribeiro

Nacido en Minas Gerais, Brasil, vivió entre 1922 y 1997. Se formó como antropólogo, destacando no sólo en su disciplina de origen, sino también en sociología y educación. Fue fundador y primer rector de la Universidad de Brasilia. Su carrera política fue igualmente relevante: en los sesenta se desempeñó como ministro de la Casa Civil durante la interrumpida presidencia de João Goulart; luego estuvo exiliado por más de una década; en los ochenta, participó en la conformación del *Partido Democrático Trabalhista*, por el que luego resultó electo vicegobernador de Río de Janeiro. Darcy Ribeiro es, sin lugar a dudas, uno de los más importantes pensadores latinoamericanos contemporáneos. Sus aportes fueron numerosos, y conciernen a campos temáticos diversos. Su obra es profusa, incluyendo una zona de ficción, acaso menos conocida. Figura entre los pensadores latinoamericanos que más decidida y fecundamente trabajaron la categoría civilización. De hecho, algunas de sus obras más recordadas se vertebran en torno a dicha categoría. Es el caso, por ejemplo, de *Las Américas y la civilización: proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, de *Los indígenas y la civilización* y de *El proceso civilizatorio*, todas aparecidas en la década de 1970. El artículo que se reproduce aquí apareció en la revista *Nueva Sociedad* (n° 73, Julio - Agosto 1984, ISSN: 0251-3552) hace más de treinta años. La propia revista lo puso a disposición del público en su sitio web. Por nuestra parte, quisimos convocar la voz de Darcy Ribeiro por elementales razones de pertinencia temática y, también, a guisa de homenaje a su legado.

INTRODUCCIÓN

Clasificamos una vez¹ el conjunto de los pueblos extraeuropeos modernos en algunas categorías diferenciadas de acuerdo con su proceso de formación histórica y cultural. Hablamos allí, primero, de los *Pueblos Trasplantados* constituidos por la expansión de naciones europeas sobre territorios de ultramar en donde, sin mezclarse con la población local, reconstituían su paisaje y retomaban sus formas originales de vida. Más adelante se desarrollaron culturalmente dentro de líneas paralelas y similares a las de la metrópoli, como pueblos blancos del otro lado del mar. Es el caso de los EE.UU. y Canadá. Es también el caso de Nueva Zelanda y Australia. Entran también en esta categoría Argentina y Uruguay, aunque el caso de estos últimos se diferencia del resto ya que ambos sólo se europeizaron después de estructurarse como pueblos mestizos que construyeron sus países y lograron su independencia. Esto ocurrió por una transfiguración cultural posterior, que se sigue del enorme volumen de la inmigración europea que cayó sobre ellos.

CONFIGURACIONES HISTORICO-CULTURALES

En esta configuración de *Pueblos Trasplantados* se encuentran, orgullosos de sí mismos, los representantes y herederos de la civilización europea occidental, beneficiarios y víctimas de su propia expansión. Son los pueblos más modernos y como tales, los que más radicalmente perdieron su semblante o su singularidad. En consecuencia son, hoy, los seres humanos más letrados, más estandarizados y más uniformes, pero también los menos interesantes y sustanciosos.

En nuestra tipología vienen, en segundo lugar, los *Pueblos Testimonio*, formados por los remanentes actuales de altas civilizaciones originarias contra las cuales se enfrentó la civilización europea sin lograr, a pesar de todo, asimilarlos en la condición de nuevos implantes suyos. En esta categoría están los hindúes, los musulmanes, los chinos, los indochinos, los japoneses, etc. En América los representantes son México, Perú, Bolivia y Guatemala.

Cada uno de estos *Pueblos Testimonio* vivió enormes vicisitudes y sufrió una profunda europeización. Insuficiente, sin embargo, para fundir, en un ente étnicamente unificado, a su población. Viven el drama de la ambigüedad de pueblos situados entre dos mundos

¹ Darcy RIBEIRO, *Las Américas y la Civilización*, Río de Janeiro, ECB, 1970 (CEAL, Buenos Aires, 1969)

culturales contrapuestos, sin poder optar por ninguno de ellos. Ya no son indios. Jamás serán europeos. La civilización emergente representará para ellos, en el plano cultural, un inmenso desafío: el de deshacerse de una falsa imagen unitaria para que cada uno de sus componentes étnicos asuma su propio perfil y la dirección autónoma de su destino para, así, volver a florecer.

Nuestra tercera categoría, la de los *Pueblos Nuevos*, tiene que ver con aquellas poblaciones oriundas del mestizaje y del entrecruzamiento cultural de blancos, negros e indios de nivel tribal, y se ordenan bajo la denominación de los primeros; tales son, entre otros, los brasileños, los colombianos, los venezolanos y los cubanos.

Su característica diferencial es la de ser pueblos desculturizados de su indianismo, africanismo o de su europeísmo, para ser entes étnicos nuevos. Comparando con los Pueblos Trasplantados, que son meros europeos de ultramar, o con los Pueblos Testimonio, que acarrear dos herencias culturales inmiscibles, los Pueblos Nuevos son una especie de pueblos *tabula-rasa*, desheredados de su parco acervo original. Libres de pasados sin gloria ni grandeza, ellos sólo tienen futuro. Su hazaña no está en el pasado sino en el porvenir. Su hecho único es, debajo de todas las vicisitudes, haberse construido a sí mismos como vastos pueblos lingüística, cultural y étnicamente unidos. Resumiendo en sí la genialidad y las taras de todas las razas y castas humanas, ellos están llamados a crear una nueva condición humana, quizás más solidaria.

Es cierto que en la configuración de cada Pueblo Nuevo predominó, gracias a la hegemonía cultural, el europeo que les dio la lengua y una versión degradada de la cultura ibérica. Pero ella se rellenó tanto de valores que clandestinamente la impregnaban, oriundos de las culturas indígenas y africanas, que ganaron un perfil propio e inconfundible. Estas discrepancias, además, son las que ofrecen a los Pueblos Nuevos la singularidad que acaso tengan.

Por mucho tiempo, las élites de estos Pueblos Nuevos se consideran, nostálgicamente, como criollos europeos desterrados. Sus intelectuales no se consolaban viviendo en el trópico, suspiraban tanto por las dulzuras de los climas nórdicos como por el brillo de la vida parisina. Intoxicados por el racismo europeo, se afligían con sus rostros mestizos. Sólo en tiempos recientes se generalizó la percepción de que ellos son otra cosa, tan diferentes de Europa como de la América indígena y del África negra. Pero todavía hay muchos monitos tontos por ahí, simulando ser lo que no son: boquiabiertos chacharean europeidades.

Del indígena, los Pueblos Nuevos recibieron dos herencias sustanciales. Primero, la forma de sobrevivencia en los trópicos, fundada en milenios de esfuerzos adaptativos realizados por el indio que les enseñó cómo producir las condiciones materiales de existencia de sus sociedades. Segundo, una inmensa contribución genética. El llamado "blanco" en la población de los Pueblos Nuevos es, esencialmente, un mestizo, engendrado por europeos en los vientres de mujeres indígenas. Como el número de hombres siempre fue muy pequeño, estas poblaciones son mucho más indígenas que caucásicas.

Del negro los Pueblos Nuevos recibieron, también, un importante aporte genético, variable de país en país, conforme a la magnitud de la esclavitud negra que tuviesen, lo que los hizo, además de mestizos, mulatos. La contribución cultural negra se observa fundamentalmente en aquellos trazos que pudieron persistir debajo de la opresión esclavista. Estas van desde técnicas y valores hasta sentimientos, ritmos, musicalidades, gustos y creencias que el negro esclavo pudo guardar en el fondo de su pecho y defenderlo del avasallamiento. Hoy estas cualidades confieren características de vigor, de alegría y de creatividad, como trazos distintivos de los Pueblos Nuevos que incorporaron mayores masas negras. Tan profundo y completo fue el proceso de "aculturización" de los negros, que su presencia se evidencia mucho menos por la africanidad que por la extraordinaria creatividad que les hace más influyentes en la vida cultural de sus pueblos.

La cuarta configuración histórico-cultural de nuestra tipología se refiere a los *Pueblos Emergentes*, vale decir, a los grupos étnicos que hoy se levantan en Europa, África, Asia y también en las Américas ocupando el espacio que últimamente se abrió para la reconstitución y la afirmación del perfil étnico y cultural de los pueblos oprimidos en tanto que minorías nacionales. En las Américas esta categoría está representada principalmente por las masas de los grupos indígenas del altiplano andino, de Yucatán y de Guatemala. Son los sobrevivientes de la civilización incaica, de la civilización azteca, y de la maya que, después de siglos de la más terrible opresión, comienzan a estructurarse como pueblos en sí, aspirando a la autodeterminación.

CONFLICTOS INTERÉTNICOS

Hasta hace poco estos grupos indígenas eran vistos por los estudiosos como meras asociaciones de campesinos que todavía oponían resistencia a una asimilación que parecía inexorable. Se creía que con una buena reforma agraria, alguna asistencia educacional e, incluso, con la ayuda de las insidiosas prácticas del indigenismo, ellos abandonarían la manía de ser indios para hacerse buenos ciudadanos peruanos, bolivianos, guatemaltecos y mexicanos.

Recientemente se generalizó la percepción de que ellos no son meros campesinos atípicos. Son pueblos oprimidos. Como tales aspiran a la legítima dirección de su destino a partir de la desproscripción de la hegemonía de minorías de criollos nominalmente blancos y europeos que buscaron la independencia para ellos mismos. De hecho, desde que se apoderaron de los gobiernos, ellos oprimen a las poblaciones originarias, algunas veces mayoritarias, tanto o más de lo que eran oprimidas por la metrópoli española colonial.

El levantamiento de estos grupos indígenas demuestra que no toda la historia está hecha de lucha de clases. Además de las oposiciones clasistas, existen y persisten otras tensiones como las interétnicas, que son más antiguas y, en muchos casos, más fuertes y hasta más dinámicas. En efecto, las primeras sociedades clasistas aparecieron hace cerca de seis mil años, mientras que las identificaciones étnicas y los conflictos resultantes de sus oposiciones, son muchísimo más antiguas. Es hasta probable que en sociedades futuras sin clases - o en aquellas en donde el dominio clasista sea atenuado sustancialmente - persistan oposiciones interétnicas, capaces de desencadenar conflictos.

Efectivamente, los conflictos interétnicos pululan por todas partes con gravedad variable, demostrando, por su generalidad, que son la expresión de alteraciones profundas en el carácter de la civilización vigente o el anuncio del nacimiento de nuevas civilizaciones. En ciertos casos, ellos amenazan con alcanzar una virulencia extrema.

Si persistiera, en las naciones americanas en donde se asientan los Pueblos Emergentes, el modelo español de estructuración de Estados unitarios, dominando sociedades multiétnicas, serían inevitables los conflictos violentos pudiendo hasta degenerar en guerras étnicas. Al contrario, la adopción de formas más participativas - como Suiza, por ejemplo - a partir de la organización de Estados multinacionales que corresponden mejor a aquellas sociedades multiétnicas, puede atenuar estos conflictos. Pero no proscribirlos.

Lo más trágico de la situación de los Pueblos Emergentes es el imperativo de complicar con factores étnico-culturales el cuadro ya muy tenso de las luchas sociales de los pueblos americanos. Nada garantiza que las energías étnicas que ascendieron no se sumen a

los reclamos clasistas para, juntos, promover una revolución capaz de configurar un nuevo Estado más abierto e igualitario en el plano étnico y más solidario en el plano social. Asimismo, puede suceder lo contrario. Las clases dominantes harían lo posible por utilizar estas tensiones para eternizar su poder.

Esto es lo que ocurre, ahora, con los miskitos, por ejemplo. Atizados por el gobierno norteamericano y contra la revolución nicaragüense, los miskitos aparecen dentro de su propio territorio, como viviendo en una tierra de nadie y entre fuegos cruzados.

Es, probablemente, en Guatemala en donde, hoy, se manifiesta una lucha interétnica convertida en una guerra de liberación. Allí, una minoría insignificante de mestizos, pretendidamente ibéricos, ejercen la hegemonía étnica sobre una enorme mayoría integrada por las poblaciones originarias de la civilización maya. Como su sometimiento ya no es aceptado, la minoría mestiza cae en la criminalidad del genocidio para mantener a hierro y fuego la dominación más dura y perversa. Luchas semejantes tienden a surgir en el altiplano andino, en donde quechuas y aymaras toman conciencia activa de sí mismos como pueblos oprimidos. Lo mismo ocurre con los mapuches de Chile.

Merecen atención algunos enclaves étnicos establecidos dentro del cuerpo de los Pueblos Nuevos y de los Pueblos Trasplantados que viven situaciones de conflicto similares a las rebeliones de carácter étnico. Me refiero a contingentes poblacionales étnicamente diferenciados que buscan conquistar un espacio mayor y mejor dentro del cuadro nacional en donde se encuentran oprimidos. Este es el caso de los chicanos y puertorriqueños en los EE.UU., por ejemplo. Cada vez más conscientes de sí mismos y más resistentes a la sumisión ideológica y a la hegemonía blanca, comienzan una lucha que sólo tiende a recrudecer.

La situación de los negros norteamericanos es distinta, incluso porque ellos no son propiamente una etnia ya que ningún contingente poblacional está más americanizado que ellos. Sus luchas tienen, sin embargo, algún revivido carácter étnico pero, a la vez, constituyen un orden paralelo de conflicto ya que también ellos se concientizan a partir de un componente diferenciado que aspira a una posición menos opresiva dentro del cuadro nacional, con mayor libertad y mejores condiciones para expresarse culturalmente.

DESARROLLOS CIVILIZATORIOS

Señalamos en otro estudio² que a las diferentes configuraciones histórico-culturales les corresponden diferentes desarrollos civilizatorios. Es notorio, por ejemplo, que los Pueblos Trasplantados alcanzaron niveles más altos de desarrollo, dentro de la civilización industrial, que todos los otros, sobre todo los trasplantados del norte. Estos, aunque implantados un siglo más tarde y habiendo sido mucho más pobres y mucho menos ilustres en el pasado, lograron realizar plenamente sus potencialidades dentro de la civilización industrial.

Estas diferencias en el desarrollo se explican, en parte, por los respectivos procesos de formación. Los Pueblos Trasplantados prosiguieron en ultramar el género de vida que tenían en Europa, realizando las potencialidades de la civilización a la que pertenecían, dentro de los amplios espacios que fueron conquistando. Los Pueblos Testimonio se constituyeron, al contrario, como sobrevivientes de las civilizaciones originarias, cuyas poblaciones experimentaron terribles hecatombes con la invasión europea. Los Pueblos Nuevos se edificaron a partir del mestizaje de negros importados con indios tribales y unos pocos blancos desarraigados, todos separados de la matriz cultural original y reculturizados en una versión subalterna la cultura del colonizador.

Todavía esto se ve aumentado con el hecho de que, al revés de lo que sucedía en las colonias de poblamiento de los Pueblos Trasplantados en donde, de ordinario, la población producía lo que consumía vendiendo el excedente y se le abría al inmigrante la posibilidad de ser un granjero libre; en las de sometimiento y esclavitud, de los Pueblos Nuevos, la fuerza de trabajo contratado para producir lo que no consumía era una mano de obra esclava, tratada más bien como una bestia que como un pueblo con derechos. De hecho, el nativo y el negro siempre fueron tratados como una especie de fuente de energía que se gastaba al quemarla en la producción, de la misma forma como después se quemaba el carbón.

Otra es la explicación del atraso que detenta la ideología de las élites latinoamericanas. A través de las décadas y de los siglos, ellos se consolaban con la idea de que el subdesarrollo de sus países se debía al clima tropical, insufrible, y al descontrolado mestizaje con razas inferiores, no aptas para la civilización. Sin cuestionar esos consuelos, los mismos aumentaban otras vicisitudes: por ejemplo, la religión católica, tan poco propicia para el progreso. Otra desgracia latinoamericana sería la herencia ibérica, responsable de la intolerancia innata de estos pueblos exóticos de los confines del

² Darcy RIBEIRO, “La Nación Latinoamericana”, *Nueva Sociedad* n° 62 (1982) 5-23.

Mediterráneo, más africanos que europeos. Muchos lamentan, todavía, la expulsión de los franceses y holandeses de América del Sur, o creen que somos pueblos nuevos que un día, en algún futuro, maduraremos.

Recientemente, este discurso consolador empezó a ser respondido. Alguien percibió qué bueno era el trópico para vivir. Otros demostraron que quien trabaja sol a sol en nuestros países, edificando cuanto se construye, cultivando todo lo que se planta, fabricando todo lo que se fabrica, es sólo el negro, el mestizo o el blanco pobre que, en definitiva, es la misma cosa.

Las demás causas y culpas alegadas con respecto a nuestro atraso terminaron siendo desmembradas. Unos mirando hacia la Francia y la Italia católica percibieron que ellos no son, propiamente, subdesarrollados. Nuestros turistas, visitando al báltico Surinam o la gala Guayana, observaron que la colonización holandesa y la francesa no maravillaban a nadie. El final de los consuelos se dio cuando algún malvado descubrió que América del Norte es cien años más joven que nosotros.

Se cayó, desde entonces, en la sospecha de que la culpa del atraso, no siendo atribuible a los pueblos feos, pobres e ignorantes, bien podría residir en los ricos, bonitos y educados.

Quizá la causa verdadera de nuestro atraso resida en los proyectos organizativos nacionales que nuestra élite formuló; justamente en aquellos que rigieron y rigen desde siempre, aquellos que, además, siempre los gratificaron y lucraron.

DESAFÍOS CRUCIALES

En el paso a la civilización emergente, surgen otros problemas socioculturales tan complejos como las rebeliones étnicas y de carácter más general. Así, a las tensiones ya referidas se suman múltiples desafíos. Algunos de ellos, de naturaleza similar a los conflictos interétnicos, conciernen a las diferentes corrientes de fuerza transformadora que se contraponen, avanzando y retrocediendo como aguas turbulentas. Un buen ejemplo nos lo ofrecen las campañas simultáneas de descolonización de las antiguas áreas de dominación europea, ya de por sí complejas - y de destrribalización de los pueblos que cayeron bajo el dominio de las burocracias de los nuevos Estados autónomos. Para aquéllas, algunas veces, hacer patria - construir una nación - solamente es superar la organización tribal. Vale decir: avanzar, todavía más, en la occidentalización.

Por razonables que parezcan las esperanzas de dar a sus pueblos acceso a la "cultura" y a los beneficios "técnicos" de la civilización, esta política puede y hasta tiende al

desastre. Primero, porque desde el punto de vista de estos pueblos tribales y del interés humano que consiste en conservar los pocos aspectos no europeizados que existen - no tiene por qué preferir su negación bajo los nuevos líderes nativos, en vez del sometimiento anterior bajo el mando de regidores coloniales.

Hace siglos, en la época de la independencia americana, muchos grupos indígenas hubieran preferido permanecer bajo el yugo español - con quienes habían aprendido a convivir en un *modus vivendi* precario pero viable -; grande fue el furor civilizatorio de los nuevos señores criollos, para poder promover, con él, la modernización de sus países a fin de desindianizarlos.

En efecto, una verdadera tendencia etnocida se observa algunas veces en liderazgos descolonizadores y hasta revolucionarios que, en nombre del progreso, aceptan el papel de nuevos agentes de la europeización; sus argumentos sobre las ventajas innegables que ofrece el difundir el uso de una lengua “cult”, por ejemplo, mal disfrazan la esperanza de que las lenguas tribales desaparezcan. Al programar el “desarrollo” descubren, en los pueblos tribales, obstáculos intolerables para la modernización que desean imponer “urgentemente”.

Estos ávidos modernizadores se olvidan de que sobre sus pueblos ya se ejercieron todas las brutalidades desarraigadoras y se ejercieron sin penas, apelando tanto a las armas biológicas como a la guerra, sociales e ideológicas. Los pueblos que se les resistieron y sobrevivieron continuarán resistiendo, incluso para que el futuro sea menos propenso a la brutalidad que el pasado colonial esclavista.

Todo el conocimiento comparado de situaciones semejantes, ya ocurridas, nos autoriza a aseverar que - a menos que se apele al genocidio más cruel - en el futuro habrá más personas con identidades étnicas diferenciadas de las que existen hoy, que ellos continuarán hablando sus lenguas y que sus singularidades étnico-culturales serán mayormente afirmadas. Como lo inevitable, si no es lo mejor, por lo menos es lo más disuasivo; lo recomendable es favorecer esa tendencia para no condenar a pueblos tan sufridos, ya, a un sufrimiento mayor.

Hasta ahora, sucede que ser un pueblo tribal o minoritario implica ser atrasado y todo el carácter de dominación exógeno se ejercía sobre ellos. En el futuro no necesariamente tiene que ser así. Nadie diría de alguien que sólo por ser galés o vasco, ande descalzo y sea ignorante.

En las naciones independientes, desde hace siglos, también se registraron tensiones desculturizantes de tal naturaleza, aunque diferentes. Este es el caso, por ejemplo, de la

urbanización caótica y de la marginalización de la población latinoamericana. Millones de campesinos desalojados gracias a una política socialmente irresponsable de modernización capitalista de la agricultura, se vieron lanzados a las ciudades tan poco preparadas para recibirlos como ellos para vivir en aquéllas.

Se creó, así, un problema de dimensiones inmensas. Hoy, ciudades como Montevideo y Buenos Aires absorben la mayor parte de la población de sus países respectivos. Ciudad de México o Caracas recorren el mismo rumbo. Sao Paulo y Río de Janeiro son varias veces mayores que París y Roma, a pesar de que contengan servicios urbanos diez veces menores. Lo que se gesta en estas metrópolis es una suburbanización alucinada, de dimensiones exponenciales, dada su enormidad. Es una hinchazón enfermiza que degrada la vida de todos los que en ella habitan.

En tanto estaban sumergidas en la vida rural, estas poblaciones ejercían un tipo de vida que conquistaron después de siglos de esfuerzos, regidas por calendarios de trabajo y fiestas, contando con sus propios estilos de diversión, estructuradas en familias matricéntricas que, a pesar de su pobreza, lograban formar hijos en la tradición de los países y hacer de ellos personas capaces de hablar la lengua, de usar los instrumentos de trabajo, de amar la vida, de procrear y de convivir solidariamente.

Puesta en los cinturones de miseria de las grandes ciudades, o en villas de despojos que sólo aceptan viejos, niños o desempleados, esta población se urbanizó conservándose, a su vez, rural. Su cultura tradicional, no siendo realizable allí, tampoco puede ser transmitida a los hijos. Estos, no teniendo, a su vez, escuelas apropiadas en donde aprender el modo urbano de vivir, caen en la marginalidad y se forman en la delincuencia. ¿Qué se puede esperar de esto, que no sea una futura guerra de las fuerzas armadas contra delincuentes juveniles, en naciones en donde las masas marginadas se cuentan por centenas de millones como en América Latina y en todo el Tercer Mundo?

Estas poblaciones desculturizadas de su cultura original y no introducidas en la nueva cultura urbana y letrada, son bombardeadas por prodigiosos sistemas de comunicación de masa. La radio y la televisión operando frenéticos, los llaman insistentemente a un consumo que no está a su alcance y a un erotismo que sólo pueden ejercer por la violencia. ¿Hacia dónde vamos?

En la Europa más próspera, semejantes situaciones son sufridas por las masas de millones de trabajadores extranjeros instalados con sus familias en diversos países, oriundos de zonas rurales de Portugal, España, Turquía, etc. Esta gente, que sólo interesaba a los que los importaban como mano de obra barata, fue urbanizada, desarraigada de su arcaico

mundo nativo y rehecha culturalmente. Hoy constituyen nuevas minorías étnicas emergentes. Por ahora, luchan en el plano sindical, tratando de reivindicar para sí mismos los derechos que poseen los trabajadores nacionales. Mañana, convencidos de que no podrán, no sabrán, ni querrán retornar a sus países de origen, van a luchar, más bien, por la ciudadanía cívica.

REVOLUCIONES CULTURALES

Es necesario, finalmente, focalizar los desafíos culturales que derivan más directamente de la revolución tecnológica, vale decir, de la introducción masiva de la posguerra, de innovaciones técnicas de base científica en la producción, en la guerra, en la administración, en la comunicación y en la información. Nunca el mundo de los hombres sufrió transformaciones tan radicales en tan corto plazo. Tan grandes que afectaron todo: las nociones de tiempo y de espacio, los modos de ser hombre o mujer, niño, joven o viejo, las rutinas de ejercicios de todos los profesionales, los estilos de acción social política, religiosa, intelectual, etc.

Algunos de estos cambios se concatenan en líneas separables que potencian las tensiones ya referidas y provocan otras. En ciertos casos, desencadenan verdaderas revoluciones culturales de un potencial tan tremendo que seguramente darán nacimiento a una nueva civilización.

Está en el primer caso, por ejemplo, el movimiento verde, como expresión social de la conciencia que se genera bajo el carácter catastrófico del sistema productivo actual. Repentinamente, se tornó visible para todos que los hombres están destruyendo su propio nicho habitacional. Se consumen aceleradamente los escasos bienes, sin los cuales la civilización se paralizaría. Se destruyen en la producción las mismas bases de la producción.

El asombro frente a esas evidencias desencadenó las campañas ecológicas, que pretenden hacer frente a la aparentemente ineluctable propensión corruptora de la economía mundial moderna. Es evidente sin embargo, la desproporción entre aquellas fuerzas destructivas y las débiles manos que se alzan contra ellas.

Mientras los bosques son destruidos por el fuego y los tóxicos, para hacer leña o plantar césped, y las aguas son contaminadas y se envenena y mata la vida animal, algunos jóvenes románticos se pasean y, después, duermen tranquilos. Todos nosotros comenzamos a concebir cómo será de ceniciento el mundo de los hijos de nuestros nietos: ceniciento y tóxico, irrespirable. Tememos que ellos mismos - nuestros nietos - sean verdosos y más parecidos a ranas que a niños. Pero somos o nos declaramos impotentes.

Países hay - como el mío - cuyos dirigentes piden fábricas corruptoras porque aman más el dinero que la vida.

Bien sabemos que el hombre es una especie de mono feroz que cayó en el mundo. Terminó con millones de plantas para dejar nacer solamente pasto para bueyes y comida para personas; liquidó casi todos los millares de especies animales, cambiándolas por gallinas y bueyes. Sí, esta es nuestra tradición. Lo nuevo es que, ahora, frente a la visión del desastre inminente, comenzamos a suspirar por unos cielos azules de aires limpios. Queremos aguas cristalinas, bosques vírgenes y animales lozanos. Lo endiablado es que por estos bienes supremos sólo suspiramos en niveles de poesía o de oración. Entretanto, en el mundo de las cosas reales, en donde decidimos nuestro destino, la orden es corromper la vida hasta la muerte.

Otro lugar de cambios que apenas comienza a revelar sus inmensas potencialidades transformadoras es el movimiento feminista. El ingreso masivo de las mujeres en la fuerza de trabajo urbano remunerado y la liberación de sus cuerpos - a través de la píldora - en función de un erotismo nuevo y floreciente, son una de las principales fuerzas innovadoras de este fin de milenio.

Entre una mujer joven y su madre, hoy, la distancia cultural es comparable a las de mujeres de distintas civilizaciones. Sus sistemas de valores chocan frontalmente. Sus hábitos y estilos de conducta, contrastan crudamente. Sus expectativas y aspiraciones se oponen escandalosamente. La nueva mujer se está reinventando, así como las instituciones a las cuales estuvo siempre arrastrada, principalmente, la familia.

También la forma de relación entre hombres y mujeres y sus papeles recíprocos están cambiando aceleradamente. El padre de familia patriarcal o el antiguo marido machista están dando lugar a compañeros más fraternos y dóciles. Surge así un nuevo modo de ser macho al que los hombres se van adaptando, les guste o no les guste. Ya es notorio que los matrimonios que encarnan el nuevo estilo encuentran fuentes de amor impensables en la antigua relación asimétrica.

Hombres y mujeres, al mismo tiempo que aprenden a amarse mutuamente de forma más profunda y placentera, se tornan menos represivos para las minorías que tienen talentos alternativos, con otras formas de relación y satisfacción. Las mujeres se aparean. Los hombres forman parejas. Las mujeres se asocian en casas comunales en donde la presencia eventual del hombre es más la de un amante que la de un marido.

Esta nueva mujer que invadió las fábricas y los escritorios, las universidades, las calles y hasta los bares, es una pionera en combate. Reclama con brío en donde dejar a los

hijos mientras trabaja. Se rebela contra la explotación de los traficantes de abortos. Sólo no logra liberarse de la tiranía de la moda mercantilizada y de la industria estandarizada de la belleza a la que paga pesados tributos.

El movimiento feminista se relaciona con la anacronía irremediable de los constructores básicos de la personalidad y de los organizadores fundamentales de la conducta humana. Nosotros, que casi no sabemos nada de ellos - a lo sumo sospechamos que existen y los designamos con expresiones alegóricas como complejo de Edipo o de Electra o como el tabú del incesto - estamos desafiados a rehacerlos, tan grande es nuestra ignorancia que no podemos estar sin dejar estas alegorías referentes a algunos de los componentes más vetustos de la conducta humana. Ellos constituyen, asimismo, actos inaugurales de la construcción de la cultura, sin los cuales una sociedad humana no sería practicable. Ahí están ellos, espantosamente vivos y actuantes todavía, pero ya se ve que empiezan a debilitarse y tal vez hasta estén heridos de muerte.

Aquellos complejos eruditos en la sencillez de la convivencia de la antigua familia vienesa de clase media - y que no son ni siquiera generalizables a pueblos extra-europeos en donde faltan, incluso, las posiciones polares en que aquellos se apoyan continúan, efectivamente, siendo referencia útil si no indispensable, en la descripción de la estructura de la personalidad y en el diagnóstico de algunos de sus traumas más habituales.

Lo mismo sucede con el tabú del incesto que, pareciera ser tan sólo la prohibición del intercurso sexual entre ciertas órdenes de parientes - que, además, varían de una sociedad a otra - es de hecho la ley fundamental que hace viable la familia y permite el florecimiento de la cultura. En efecto, es él quien impone la paz entre los machos del bando y que, al compeler a los grupos a quebrar el aislamiento y a comunicarse entre sí en la búsqueda de mujeres en celo, propicia el intercambio cultural. Es igualmente crasa esa ignorancia sobre esa alegoría sin la cual la vida social es impensable. Pero a la que nosotros vemos debilitar debajo de nuestros ojos.

Lo innegable es que las sociedades humanas más complejamente estructuradas pierden aceleradamente la sencilla capacidad, que cada tribu o aldea tenía, de procrear hombres y mujeres contentos de ser ellos mismos, temerosos de Dios y de las autoridades. Pierden igualmente el talento de convivir controlándose e intrigando, pero apoyándose recíprocamente. Pierden hasta el gusto de vivir con los propios deseos y ascos sin necesidad de drogas tranquilizantes y dopantes, ni de psicoanalistas.

Es notorio que aquellos instrumentos fundamentales de la sociabilidad humana con base en la cual la vida social se volvió viable, están amenazados de ser desactivados para dar

lugar a otros medios de estructuración de la familia, de la sociedad y de la personalidad. Estamos impelidos a substituirlos por recursos todavía más artificiales e intencionales de modulación de la sociedad. ¿Cuáles?

Es verdad que no fue ningún desastre, en el pasado, que el hombre abandonara la recolección de frutos en donde la casualidad de la naturaleza los hizo crecer, substituyéndolos por los cultivos. Sólo fue ventajoso, también, cambiar la caza errática por la cría de animales. Ahora, por eso, se trata de rehacer la propia condición humana, de reinventar el propio hombre como proyecto, de programar nuevos nietos. ¿Seremos capaces?

Conforme se verificó, estamos delante de nada menos que de una revolución humana, o sea, de la necesidad de dar un nuevo paso crucial de la evolución de la especie en el curso del último millón de años. Con él se corona o se elimina la desafortunada aventura a través de la cual nos construimos a nosotros mismos a través de tres pasos esenciales, cada uno de los cuales representó una alienación total, en la cual el hombre perdió su ser, seguido de una desalienación en la que se construyó, transfigurándose completamente. Por medio de la primera alienación nos liberamos de la cómoda seguridad de la sabiduría biológica escrita en los cromosomas, pasando a depender de formas inventadas, artificiales, de conducta: nació la cultura.

En el segundo movimiento de alienación, los hombres, totalmente tribales, al ser sometidos perdieron su ser, su libertad, su autenticidad. Se vieron cosificados en una fuerza de trabajo, siervo o asalariado, en una masa al servicio de la riqueza y la gloria de otros: nació la estratificación social, la sociedad de clases y con ellos la civilización.

La tercera enajenación, de la cual somos protagonistas, transcurre hoy. El hombre residual que somos, producto de sus propias desventuras históricas, está desafiado a reivindicarse a sí mismo: ¿Qué es lo que está naciendo? Es muy difícil prever. Mucho más de lo que fue prefigurar en el curso de la primera revolución industrial, como seríamos nosotros, los nietos que ella estaba generando. ¿Será un mundo de paz?

El movimiento pacifista, todavía débil, posee inmensas potencialidades, ya que se sostiene en la conciencia generalizada de que una nueva guerra sería la última. Es muy probable, no obstante, que la amenaza aterrorizadora de esa guerra terminal sea menor que la amenaza de una paz definitiva. Una nueva guerra mundial o, incluso, una guerra local con el uso pleno de las armas disponibles, sería, probablemente, la última guerra. El poder de destrucción física, de corrupción genética y de alucinación psíquica, tanto de las armas

nucleares como de las químicas o de las biológicas, amenazan clausurar la aventura humana.

Lo espantoso es que frente a una amenaza tan terrible y tan inminente, las iglesias ecuménicas, las instituciones que agrupan intelectuales, los movimientos pacifistas, parecen ridículamente débiles delante del poderío de los amos de la guerra. Creo que hasta las campañas pacifistas con las que se buscó evitar la primera y la segunda guerras mundiales, fueron más vigorosas que las actuales dada la estatura de las amenazas que se enfrentan. ¿Por qué?

La propensión a la guerra terminal, que la convierte en inminente e inevitable, depende tanto de factores políticos como económicos mucho más poderosos que las corrientes de opinión que incentivan a los movimientos pacifistas. Casi creen que esa tercera guerra del fin del mundo llegará, todos sabemos que exterminará la especie humana o la deformará irremediamente, pero nuestro sentimiento es más de impotencia que de rechazo activo.

Esta pasividad sólo se explica a partir del hecho de que una duradera - y peor todavía, una paz definitiva - es vista, por muchos de los conductores de los centros mundiales de decisión, como más desastrosa que la guerra. Aquí, otra vez, los factores económicos relativos a la viabilidad de los sistemas productivos y los políticos, relativos a la afirmación de hegemonías continentales, se conjugan para manipular el destino humano más allá de los límites de la racionalidad.

El miedo a la paz une a los amos de la guerra y a los del lucro en su perplejidad insensata. ¿Cómo instalar un mundo pacífico? Proscritas las armas terminales, todo su fatal poder: ¿retrocederíamos a las guerras convencionales sin bombas?, ¿o realmente le tememos a la paz? Si guerreáramos al modo antiguo, la gran potencia, de inmediato, sería, quizás, la China por su capacidad de armar y gastar cualquier cantidad de soldados. Hasta el Tercer Mundo, tal vez, tendría algún valor estratégico por su capacidad de conservar enormes ejércitos consumibles. ¿Con qué consecuencias? Una hipótesis menos siniestra y más probable sería la de las guerras automáticas, realizadas por super-artefactos cibernéticos autoguiados. Por medio de ellos, las grandes potencias mantendrían la paz entre ellas, ya que les temerían a las represalias, y simultáneamente, consolidarían su hegemonía sobre el mundo subdesarrollado. Sería una nueva y tétrica *Pax romana*.

Llegamos así al otro módulo de transformaciones radicales: la economía mundial, que entró en la paranoia y ya no produce para el hombre, produce para sí misma. Tanto por sus cualidades esenciales que son la prodigiosa productividad y la ineluctable tendencia

a la guerra, como por su consecuencia funcional, que es la incapacidad de implantar una prosperidad general, la economía mundial - cuya racionalidad nunca fue humanitaria - enloqueció. En efecto, nunca fue tan grande y creciente la riqueza de los ricos y la pobreza de los pobres. Nunca fueron tan desequilibradas y deformes las relaciones internacionales de intercambio. Los pueblos pobres siguen subsidiando la riqueza de los pueblos ricos y endeudándose astronómicamente.

En el límite de esta tendencia, si persistimos en ella, tendremos fabulosas empresas, totalmente automatizadas, que agotarán los bienes de la Tierra para producir cantidades y variedades inmensas de inutilidades: ¡para nada! Los hombres, la Humanidad entera, de brazos cruzados, serán un inútil ejército de reserva de las fuerzas productivas y morirán de hambre.

Antiguamente, siempre fue enorme la carencia de mano de obra, sobre todo en el mundo de los pobres. Para atenderla, se consumían en el trabajo centenas de millones de nativos y después se importaban otros tantos esclavos y asalariados, negros y blancos. Hoy, el único elemento de producción que no escasea es la mano de obra. Ahí está ella, multitudinaria, ofreciéndose en todas partes a cambio de salarios viles. Y nadie la quiere.

Dadas estas circunstancias, otro desafío que se alza y se destaca entre tantos, por su potencia, es la amenaza de la revolución de los pobres³. El socialismo de Marx proscrito, para los pueblos ricos, como coronamiento y superación del capitalismo maduro, no prosperó. Surgió en la casa de los pobres, en donde el capitalismo fracasó. Y surgió para promover el desarrollo, alcanzando en este campo un éxito extraordinario.

El capitalismo, por su lado, reactivado a partir de las empresas multinacionales, con su capacidad prodigiosa de innovación tecnológica y de explotación de recursos donde quiera que ellos se encuentren, renueva y refuerza los vínculos de dependencia de los pueblos pobres volviéndolos más sumisos y lucrativos que las antiguas colonias.

Su debilidad reside en la ineptitud de las empresas multinacionales para promover la abundancia, porque ella no es conciliable como el lucro. Esto es lo que hace del socialismo una atracción irresistible para el Tercer Mundo, en el cual, pueblos que suman billones de almas voraces, suspiran por una pequeña y modesta utopía inalcanzable.

Lo que piden no es más que un empleo regular y modesto para cada hombre y cada mujer adultos. Y que todos coman todos los días. Y que cada niño frecuente una escuela eficaz para curso primario completo. Y que, en las enfermedades más graves, se cuente con un médico y con remedios gratuitos. Y, finalmente, que una casa modesta abrigue a cada

³ Darcy RIBEIRO, *El Dilema de América Latina*, Río de Janeiro, Vozes, 1971 (México, Siglo XXI, 1971).

familia. No hay duda, sin embargo, de que esta utopía sencilla excede a todo lo que puede prometer la humanidad y la economía mundial vigente. Si continuamos rodando sobre los mismos carriles, esa situación de los pueblos pobres sólo tendería a agravarse. ¿Con qué consecuencias?

Es cierto, todos sabemos, que el pauperismo no hace revoluciones sociales. Tanto más si al poderío económico de las empresas multinacionales ya le corresponde un poder multinacional capacitado para desestabilizar gobiernos e implantar dictaduras en donde quiera que sus intereses se vean amenazados. Conforme con lo que vimos, esto es lo que sucede en América Latina, cuya nueva cosecha de dictaduras regresivas y represivas, fue implantada a partir de este poder multinacional mancomunado con las viejas clases oligárquicas.

La mayor amenaza que pesa hoy sobre la humanidad - amenaza que, felizmente, no es fatal ni inevitable - es, pues, la de sumergirse, todavía más, hasta el agotamiento, en una era de hambre e idiotización. Todo esto para que los pueblos ricos gocen su riqueza acumulada y reactiven una civilización obsoleta, sin causa, sin misión ni apetito que no sea el de enriquecerse. Su última conquista será el endurecimiento de sus corazones y su sordera para, así, poder asistir impávidamente a la muerte por inanición de la humanidad.

Estas son, a mi modo de ver, algunas de las cuestiones cruciales que la civilización emergente coloca delante del hombre. Cómo las resolverá, yo no sé. Apenas sé que la vida de los pueblos pobres va a ser una ardua y bella batalla por ideales muy concretos. Aquí, en la parte de abajo del planeta, nadie engordará inútilmente, ni se suicidará de tedio.